

## CIBELES O LA DIVINIZACIÓN DE LO FEMENINO (CATULO LXIII)

LÍA M. GALÁN

Si bien en el *Carmen* LXIII de Catulo resulta innegable el protagonismo de Atis, el estudio de sus movimientos anímicos y el análisis del impulso humano hacia un ideal ante el cual se fracasa, puede también afirmarse que el fondo del poema está dominado por la mujer divina. Aun sin intervenir directamente en los sucesos, Cibele está presente en ellos desde el comienzo: la llegada a las costas frías significa la instalación de Atis en sus dominios.

Es interesante destacar que los orígenes de la conducta de Atis, a los que escasamente alude el poema, significan una respuesta ante lo femenino que aparece como doble: si la celebridad del viaje y lo *stimulatus* de su ánimo remiten inequívocamente al *furor* de Cibele, pareciera que este impulso pasional encuentra cabida por un paralelo "Veneris nimio odio" (v. 17) que proporciona una especie de causa negativa de las acciones. El nombre de Venus no vuelve a mencionarse, ni Atis hace referencia alguna a ella en su evocación de la patria. El dato queda flotando sin explicaciones. Sin embargo, tal vez pueda inferirse una asociación Venus-patria (notablemente más adecuada que Afrodita-patria) cuyo rechazo se expresa en "dominos ut erifugae / famuli solent" (vv. 51-52) e impulsa la búsqueda de su opuesto en la correspondiente polaridad Cibele-*nemora*. Dos mundos dominados por lo femenino enmarcan, de esta manera, el proceso de Atis. Ambos dominios tienen características distintas. Cabe recordar, por una parte, que Venus ha llegado a enraizarse profundamente en lo romano como gran protectora de la *urbs* y divinidad ligada a la grandeza de Roma en una progresiva racionalización de su imagen que, en tiempo de Catulo, parece ya cumplida. Por el contrario, Cibele representa lo oriental, lo no ajustado a las fundamentales pautas de la civilización que son la esen-

cia de lo grecolatino, el mundo 'bárbaro', Frigia y la naturaleza salvaje. Ella es la "mater... ferarum" (II 598) de Lucrecio y como tal se liga directamente a lo irracional.

Atis se mueve entre estos dos mundos, y dentro de las múltiples polaridades que entre ellos se establecen. Ahora bien, ¿cómo o por qué pasa Atis de uno a otro? Bastaría quizás la explicación del "Veneris nimio odio", o del *furor* de Cibeles como fuerzas que asaltan al protagonista conducido, a la manera de un personaje euripideo, por los poderes divinos; pero el segundo discurso de Atis deja en claro que sus acciones han respondido a su misma voluntad personal ya que él ha sido quien ha rechazado un modo de vida y deseado otro. El conflicto no encuentra, inicialmente, solución, si bien pareciera resonar aquí un eco del "quare id faciam" del *Carmen* LXXXV, cuya respuesta —"nescio"— de alguna manera sería también adecuada a la conducta de Atis.

Conviene destacar, asimismo, que la naturaleza en el poema no es meramente ornamental sino que presenta un alto grado de significación simbólica. La atmósfera que domina Cibeles y a la que responde Atis contiene rasgos de lo tradicionalmente femenino: a) dominio de lo nocturno, de la oscuridad de una noche equivalente a la ausencia de lo racional; b) dominio de lo selvático y boscoso, igualmente en relación con la oscuridad asociada a la presencia de fieras; c) el mar, con sus nociones implícitas de misterio y peligro.

La travesía marítima de Atis, el afincamiento en los bosques y los rituales nocturnos marcan la entrega a la diosa, máxima expresión de lo irracional-pasional, *i. e.*, la voluntaria sujeción a lo femenino en su manifestación más primitiva. La definitiva inserción de Atis en el ámbito de lo puramente femenino se produce en la castración, que lo convierte en *mulier* en concordancia con sus nuevas moradas. Pero la fuente del drama está en el calificativo *notha*, puesto que lo masculino-racional de Atis no se destruye por la conversión sino que pervive como impotente centro de rebelión, como elemento racional extraño y decididamente opuesto al imperio de lo pasional-femenino del que inevitablemente forma parte.

El coro de *Gallae* que acompaña sus primeros movimientos y participa de la consagración es una multitud despersonalizada que no sólo se subordina a Cibeles sino también a Atis.

Todo, así, converge a la creación de una polaridad singular Atis-Cibeles: el hombre en un principio asimilado voluntariamente al dominio de la diosa, y la deidad-mujer esencialmente irracional, símbolo de la oscura potencia femenina. Si a esto se añade, además, la marcada modificación del mito<sup>1</sup>, que aleja considerablemente la posibilidad de que el poema sea un balance cultural, reflejo estético de un nuevo fenómeno religioso al que se busca presentar en su exotismo<sup>2</sup>, se tiene que el poeta ha elaborado de tal modo los materiales a su alcance, que los ha transformado en simbólicos representantes de su problemática más íntima: la relación hombre-mujer. Este quizás sea el punto final del proceso que comienza con el *Carmen* LI<sup>3</sup>, cuyo estadio intermedio se testimonia retrospectivamente en el *Carmen* LXVIII, y cuyo desenlace encuentra en Cibeles su adecuación simbólica final.

Resulta pertinente asociar imágenes notoriamente significativas y, por tanto, concluir con Forsyth<sup>4</sup> que Cibeles es como Lesbia se le aparece a Catulo, la mujer cuya pasión conduce al amante a la locura. Pero igualmente es necesario dejar asentado que no se trata de una directa trasposición de la realidad histórica, es decir, no es la simple conjunción resultante de Clodia-Lesbia-Cibeles, sino la traducción poética de imágenes de cuño interior en las que se combinan la idealidad apriorística y los datos que la realidad suministra como conocimientos *a posteriori*, esto es, con el apoyo concreto de la experiencia. Lesbia, como la Cibeles de Catulo, son auténticas creaciones poéticas que plasman una compleja vivencia interior en la que convergen lo real-histórico en su resonancia interna, el ideal femenino y los principios ideales de la relación amorosa, y la fundamental tradición literaria, mítica y cultural, con la poderosa fuerza de sus modelos.

<sup>1</sup> Exceptuando la catuliana, las versiones conservadas del mito coinciden en los datos esenciales. Cf. Diodoro Sic. III 58-59; Pausanias VII 17, 10-12; Luciano *De Dea Syria* 49-51; Ovidio *Fast.* IV, 243; Lucrecio II, 598 ss., etc.

<sup>2</sup> Tesis sostenida por A. Guillemin en "Le poème 63 de Catulle", *REL* 27 (1949), 149-157.

<sup>3</sup> Cf. Godo Lieberg, *Puella divina*, Amsterdam, P. Schippers, 1962.

<sup>4</sup> Cf. P. Y. Forsyth, "Catullus: the mythic persona", *Latomus* 35 (1976), 555-566.

El *Carmen* LXIII presenta la versión rectificadora de un proceso ya advertido desde los primeros poemas: la divinización de la mujer amada. Pareciera existir en Catulo un movimiento interno que impulsa a buscar la imagen divino-femenina de mayor precisión, a intentar el hallazgo de la expresión más exacta para realidades internas y externas en movimiento. Y, a la vez, una tendencia a establecer lazos experimentales de relación entre su propia creación, Lesbia, y el patrimonio común que le proporciona la tradición con personajes como Laodamía, o deidades como Juno, Venus o Cibele. Hasta es posible seguir un proceso de prueba y error en esta marcha hacia la definición precisa, que no se contenta con expresar su concepción divinizada de la mujer en términos de vaga deidad sino que persigue una identificación más particular. Lesbia no es meramente una diosa sino que es una diosa determinada.

Cibele viene a traducir aquello que Venus ya no puede traducir, y en este sentido resulta sintomático el "Veneris nimio odio", que refleja una alternativa descartada. Asimismo, en el *Carmen* LXIII se reitera, convenientemente adaptada, una serie de temáticas recurrentes en el resto de los poemas, al punto que es posible decir que el *Carmen* LXIII representa un verdadero balance interior de la visión femenina. Estas temáticas son las siguientes:

1. *El tema del matrimonio.* Sandy<sup>5</sup> hace un detallado estudio destacando los abundantes motivos matrimoniales en el *Carmen* LXIII. La obra muestra lo que podría llamarse la resaca del ideal. Antes se había propuesto una unión con la mujer amada (Lesbia-Venus) en términos de "aeternum hoc sanctae foedus amicitiae" —*Carmen* CIX—. Desde que la mujer resulta una despótica *era*, el ideal de la *amicitia* deja de tener vigencia, pero persiste el especial *foedus*, no con la divina Venus (la *Bona Dea*) sino con la feroz Cibele en una relación igualmente eterna, un "aeternum foedus" en lo irracional que en vano tratará de rehuir Atis, frente a una divinidad que no tolera infidelidades. La situación matrimonial resulta entonces invertida: ya no es la mujer-diosa yendo al

<sup>5</sup> Cf. Gerald Sandy, "Catullus 63 and the theme of marriage", *AJP* 92 (1971), 185-195.

encuentro del amante humano que la espera como esposo —cf. *Carmen* LXVIII— sino el hombre transformado en *sponsa* que llega con su frenético cortejo *ad domum Cybebes* para la unión eterna con la diosa.

2. *El tema del amor.* La palabra *amor* no aparece en el poema, pero sí su expresión más extrema: el *furor*, término que se aplica normalmente en Catulo a situaciones de fuerte conmoción erótica, con sentido de violencia pasional. Representa el sentimiento de Ariadna y de Laodamía, o es la expresión de la exaltada sensualidad del poeta, quien no puede conciliar el sueño “indomitus furore” (*Carmen* L 11) después de una velada con Licinio. Recuérdese asimismo la paradójica situación planteada en el *Carmen* LXXII 8 donde se contraponen “amare” y “bene uelle”. Atis aparece movido por el *furor* pasional que lo empuja a su demente consagración a la diosa, un servicio ansiado en la noche de la razón y repudiado en términos diurnos. Tal servicio ha conllevado el abandono de todo un ideal de vida, la deposición de un mundo que es parte inherente de la propia identidad y está ligado por esencia a la *ratio* humana, de modo que sólo anulada ésta puede desaparecer aquél. Pero, en tanto hombre, Atis no deja de tener su intermitente racionalidad que le muestra su dramática situación. Este proceso consagratorio a la mujer divina, dolorosamente reconocido como voluntario, recuerda al temprano Catulo exhortando “uiuamus, mea Lesbia, atque amemus” en el *Carmen* V. El movimiento pasional, la progresiva sumisión servil ante la poderosa imagen femenina, se expresa simbólicamente en la trayectoria de Atis.

El binomio Atis-Cibeles resume, de esta manera, la propia posición del poeta frente a la imagen de la mujer por excelencia, la mujer amada. Ella representa la síntesis de lo abismal, lo oscuro y lo irracional que se concentran con singular fiera, una fiera casi animal cuya esencia es el *furor*, capaz de atraer a aquéllos que se han desligado de la *sancta Venus* y convertirlos en esclavos obedientes, sin voluntad propia ni grandeza.

